

La virtud de la *studiositas* según Leonardo Polo

Juan Fernando Sellés Dauder
jfselles@unav.es
Universidad de Navarra

Resumen: Tras indicar que al deseo de saber —natural al ser humano—, le precede y le sigue un saber, y que la admiración despierta en él su atención, en este trabajo se indica —según la filosofía de L. Polo— que la *studiositas* es la virtud la voluntad —opuesta al vicio de la curiosidad— que permite pararse a pensar, centrar la atención en una determinada realidad relevante objetivamente y para el sujeto.

Palabras clave: deseo de saber, admiración, *studiositas*, virtud, L. Polo, pararse a pensar.

Abstract: After stating that the desire for knowledge — natural to the human being — is preceded and followed by knowing, and that admiration awakens attention, this work highlights — according to L. Polo's philosophy—that *studiositas* is the virtue of the will, opposed to the vice of curiosity, which allows one to pause to think, focusing attention on a specific reality that is objectively and subjectively relevant.

Key words: desire for knowledge, admiration, *studiositas*, virtue, L. Polo, pause to think.

Introducción

Tomás de Aquino sostuvo que la moderación en el deseo de conocer se regula mediante la virtud de la *'studiositas'*, la cual no es de la razón, sino de la voluntad en la media en que ésta coordina a la inteligencia; virtud que se opone a la curiosidad y que él considera parte de la templanza (Aquino, 2011). En los escritos de Polo – quien conocía bien la doctrina tomista al respecto (Polo, 2018, p. 137-8)– no se encuentra esa palabra latina, aunque sí la de su vicio contrario, la *curiositas*, pero sí comparecen varias expresiones de significado equivalente a ella: ‘estudio’, ‘deseo de saber’, ‘deseo de conocer’, ‘anhelo de saber’, ‘afán de saber’, ‘centrar la atención’, ‘pararse a pensar’, etc., así como otra de frecuente aparición cuyo significado está unido a las anteriores: ‘admiración’.

Para Polo “los vicios intelectuales son fundamentalmente dos: la curiosidad y el error. La curiosidad se describe como el afán por conocer cosas que no merecen ser conocidas. Es un empleo ocioso del intelecto ocuparse de cosas insignificantes o poco pertinentes. Es atentar contra la nobleza del intelecto, abierto al conocimiento de la verdad, restringirlo al conocimiento de ruindades. Sin embargo, en este vicio se incurre con frecuencia: por ejemplo, las conversaciones o chismorreos –femeninos y masculinos– en que se habla de tonterías. Otros ejemplos de *curiositas* son el abrir la correspondencia de otro, la murmuración o el dar crédito a simples rumores” (Polo, 2018, p. 226). Como se ve, este defecto consiste en encauzar la actividad del conocer racional hacia cosas que son de poca relevancia objetiva (Polo, 2017, p. 193) o hacia aquellas otras que, aunque sean importantes, no competen a quien se ocupa de ellas (Polo, 2018, p. 364). Ahora bien, cualquier realidad física tiene su relevancia y merece la atención de la razón humana; las que lo desmerecen son aquellas acciones humanas o esos productos culturales que son contrarios a la naturaleza física y humana.

En el uso de la razón humana para asuntos banales obviamente se perjudica la misma razón, porque no crece en hábitos intelectuales, los cuales se logran en la medida en que se adquiere mayor verdad conocida. Con todo, peor malparada sale la voluntad, porque lejos de crecer en virtud adquiere vicios, los cuales –como las virtudes– están entrelazados. Un vicio unido a éste es “el capricho, que es movido por la curiosidad” (Polo, 2018, p. 71).

También “la *curiositas* lleva otro vicio anejo contra la justicia, que es avergonzar al prójimo. Hacer de menos al otro es injusto; es rotundamente injusto; es macabro; es confabulación oscura: ahí la inteligencia es sombra, no luz. El prójimo no puede ser humillado y una forma de injusticia es avergonzarle. El hombre sólo puede tener vergüenza ante Dios” (Polo, p. 138).

Aparte de los ejemplos mencionados, Polo refiere otros como el preguntar lo que a uno no le importa saber, pues “si se interroga con curiosidad (un vicio intelectual), no hay derecho a la verdad. En el fondo somos curiosos cuando queremos enterarnos de cosas que no nos atañen, cuyo conocimiento no nos servirá para actuar mejor. Ahora bien, hay comunicaciones que, digámoslo así, vienen al caso, que no se deben negar; por eso, tampoco se debe abusar del secreto o, dicho de otra manera, el secreto lingüísticamente es el silencio, o la otra fórmula que hemos señalado: ‘lo sé, pero no te lo puedo decir’. El curiosear no lleva a nada, es más bien asunto de gente que no sabe asumir su responsabilidad y se dedica a divagar; el curioso se ocupa de cosas que no le competen e intenta saber aquello que no le corresponde saber porque no tiene nada que ver con el cumplimiento de sus obligaciones” (Polo, p. 364). Otro ejemplo poliano de este vicio es el recurso a la combinatoria, tan socorrida en las diversiones, usada –como denunció Kierkegaard– para conjurar la monotonía y el aburrimiento. A esa actitud se denomina coloquialmente mariposeo, pues denota el “pasar, como una mariposa, de flor en flor” (Polo, 2015, p. 284). La búsqueda de la combinatoria se da actualmente en la moda (Polo, 2022, p. 37); es el afán de novedades sin importancia (Polo, p. 243). También cabe incluir en este vicio el estar siempre pendiente de los propios estados de ánimo (Polo, 2022).

Repárese en que muchas personas, así como muchas secciones o programas de los medios de comunicación social, se dedican a hablar de fruslerías, lo cual lleva incluso a incurrir en abiertas murmuraciones y calumnias. Pero “los parloteos son un uso indebido de la mente y del lenguaje. Ocuparse de estupideces, los pequeños comadreo, el tratar con énfasis cosas que no tienen importancia, es un vicio muy extendido. Hay conversaciones entre gente joven dedicadas a naderías: que si fulanito ‘se ha comprado una moto’, que ‘si esa moto tiene 250 cms. Cúbicos’; vana ostentación mezclada con alguna dosis de envidia” (Polo, p. 227). Hay que incluir dentro este vicio el gastar excesivo tiempo en pasatiempos, en programas de entretenimiento, en especial, las telenovelas o novelas designadas como ‘culebrones’, las revistas llamadas del corazón y, desde luego, todo tipo de publicaciones que atentan contra el pudor y la castidad.

Especial cuidado en alejarse de dicho vicio deben guardar los *mass media*, porque con él deseducan a la mayor parte de la población: “los medios de comunicación de masas están llamados a eso; otra cosa es que cumplan bien su función. Por eso es tan importante el estar bien preparados para cumplir la tarea de llevar a conocimiento de la gente la mayor cantidad de asuntos que les interesen, no trivialidades, no temas de tipo marginal o que tienen muy poco interés humano o que sólo sirven para satisfacer la curiosidad. Esto último es asunto del que se ocupa la prensa amarilla. Pero lo mejor es que esa prensa exista lo menos posible, porque las nimiedades, las cosas que no son útiles para formar sobre ellas una opinión y poder ejercer libremente alguna opción, no merecen ser comunicadas. Y si lo son, entonces la comunicación se degrada, se estropea la capacidad de juicio y, por lo tanto, el ejercicio de la libertad de las personas” (Polo, 2022, p. 341). En rigor, con esa actitud se incide en la despersonalización de la gente, claro está, de quien acepta los mensajes irrelevantes y antinaturales.

Lo personal es aceptante (y en consecuencia humilde) y donante (por tanto, responsable); en consecuencia, “aquellos cuya comunicación no es una donación, es efecto de *curiositas* y es superfluo” (Polo, p. 193). En el fondo, este vicio deriva de un malsano afán de saber, una especie de concupiscencia intelectual (Polo, p. 243). Con todo, el anhelo de saber es saludable si la temática es relevante, verdadera y buena, y si ésta es conveniente para quien desea conocerla. Y como es pertinente que la ética esté conformada por afirmaciones positivas más que por denuncias negativas, seguidamente se pasará a exponer cómo nos ponemos en vías de lograr la virtud de la estudiosidad.

I. Deseo de saber

La condición de posibilidad de que se estudie es el deseo de saber. Recuérdese que para Aristóteles (Polo, 2015, p. 372) –también para Polo (Polo, 2015, p. 40)– ese deseo es constitutivo del ser humano y que, además, es base del saber que se considera superior, la filosofía, la cual, según el Estagirita, es fin en sí. De ese estilo fue asimismo el pensamiento medieval –baste aludir en esta materia a Alberto Magno y Tomás de Aquino–. A este deseo, pensadores antiguos como Platón (Polo, p. 55) y medievales como Agustín de Hipona lo llamaban como lo designa Polo: ‘amor a la sabiduría’ (Polo, 2008, p. 20). En cambio, el pensamiento moderno ha solido buscar el saber para controlar, es decir, no lo ha tomado como fin, sino como medio para otros intereses, que

han cambiado en dependencia de los autores o de las corrientes de pensamiento: unos, como Descartes o Kant, han pretendido controlar la misma razón por mor de alcanzar la ‘certeza’ subjetiva; otros, como Maquiavelo, Hobbes o Marx, han buscado someter a ‘dominio’ la sociedad; otros, como Newton o la ciencia moderna, han buscado el ‘control’ sobre la realidad física. Que esa actitud es distintiva de algunas corrientes filosóficas recientes es claro: así, la fenomenología ha pretendido la exclusiva ‘atenencia’ a las ideas; la filosofía analítica, el ‘análisis’ del lenguaje; el psicoanálisis, la hermenéutica totalitaria de la conciencia, es decir, un punto de vista interpretativo de lo humano que se considera el único válido; el pragmatismo, el hacer en función de la utilidad; tampoco la hermenéutica está libre de intereses, porque obviamente depende del uso práctico de la razón.

En la modernidad también se ha dado el intento de llegar a la completitud del saber con Hegel (Polo, 2015, p. 28). Pero Polo desvela que el saber culmina inevitablemente en inacabamiento... Por eso, el deseo de saber no se apaga nunca y permanece siempre” (Polo, p. 43). Esto es así porque la inteligencia puede crecer irrestrictamente merced a los hábitos adquiridos. Por otra parte, la mentalidad hegeliana no es ni de lejos la que caracteriza a la postmodernidad en la que estamos sumidos, pues algunos de sus representantes pretenden acribillar a la razón con sus propias armas, aunque bien es cierto que éstas consisten en pensamientos débiles. El resultado de este ataque es manifiesto en nuestra sociedad: la pérdida del afán de saber, la indiferencia, la perplejidad y el escepticismo. En efecto, “las dudas en torno a la verdad se corresponden con el escepticismo, muy extendido en la actualidad” (Polo, p. 125). Tampoco es de recibo que los filósofos que hoy pasan por distinguidos no pasen de ser –ellos mismos se reconocen así– historiadores de la filosofía, pues parece que “al filósofo de hoy no le queda nada por descubrir, sólo firmar las sentencias de los filósofos anteriores” (Polo, 2015, p. 41). Sí, la filosofía está en crisis, pero precisamente por eso, “la filosofía es hoy más necesaria que nunca” (Artículos y conferencias, p. 353).

En cualquier caso, el estudio requiere previamente el deseo de saber. Con todo, Polo advierte otro requisito anterior a éste, pues “el deseo de conocer no se puede poner en marcha sin un conocimiento precedente; por tanto, es deseo de saber más, y la satisfacción del deseo del alma se encomienda al despliegue de la inteligencia” (Polo, p. 372). El deseo de saber no es saber, sino deseo, y como tal, no es de la inteligencia sino de la voluntad. De modo que, si el deseo de saber está precedido por el saber, la voluntad lo

está por la inteligencia (Polo, 2015, p. 88). Primero conocer; después, deseo de conocer más, y así sucesivamente.

Lo que precede indica que “el deseo de saber no se colma en esta vida. De aquí la frecuente alusión de la filosofía a la religión, que estimula la confianza en el crecimiento del conocer en la vida posterior a la muerte. La comprensión de ese crecimiento es especialmente acusada en la filosofía cristiana” (Polo, p. 51). La vida ultraterrena es vivir con Dios, por eso, en últimas, el deseo de saber en esta vida tiene como tema que más inspira al ser divino: “lo que define al hombre en última instancia es una asimilación a Dios posible en términos de conocimiento. La tendencia humana en su sentido más simple es el deseo de conocer a Dios, el deseo de unirse a Dios de acuerdo con lo más formal en el hombre, que es su inteligir” (Polo, p. 284). Lo anterior denota que esta vida no es suficiente para la demanda cognoscitiva humana y que, por tanto, no se puede tomar como definitiva, pues “el anhelo es una imperfección, porque sólo se anhela lo que no se tiene” (Polo, 2018, p. 307).

¿Cómo recuperar la confianza en la razón en nuestra época que recela de ella? Reparando en sus ‘hábitos adquiridos’, pues estos conforman el crecimiento irrestricto de esta potencia –tales hábitos son un gran descubrimiento clásico griego desarrollado en la Edad Media (Sellés, 2008) y prácticamente olvidado desde el s. XIV–; recuperando además los ‘hábitos innatos’ superiores a la razón –hallazgo asimismo clásico griego y medieval, y perdido desde dicha centuria–; y ejerciendo, sobre todo, el ‘conocer personal’, del que dependen tales hábitos –descubrimiento poliano de primera magnitud, cuyo tema es el ser divino–. Dichos hábitos tienen como temas verdades sin vuelta de hoja, es decir, indiscutibles, de modo que no sólo son los garantes de la verdad, sino también los que pueden corregir los múltiples errores que contra ella pululan. Sólo con ellos se da cuenta de que los intereses humanos son inferiores a la verdad, y “la correspondencia del hombre con la verdad en sí requiere un traslado que deje atrás el interés práctico, que decae ante el afán de contemplación” (Polo, p. 87). En rigor, lo que conviene en nuestra altura histórica es reconducir el interés al saber, no a la inversa, como se viene haciendo en la modernidad.

II. Admiración

Tras el saber previo y el deseo de saber más, lo que acontece en el ser humano es la admiración de determinada realidad. Para Polo la admiración “ante todo, es súbita: de pronto me encuentro desconcertado ante la realidad que se me aparece, inabarcada, en toda su amplitud. Hay entonces como una incitación. La admiración tiene que ver con el asombro, con la apreciación de la novedad... Admirarse es como presentir o adivinar: un anticipo, no débil, sino pregnante, pero sin palabras” (Polo, p. 30). La admiración permite que la persona se ponga a tono con la realidad descubierta. Por tanto, en ella se dan dos polos, el de la persona y lo real (Polo, p. 125). Cuando nos admiramos nos llama la atención una realidad, pero a la par nos sentimos incitados por ella. Cuando nos admiramos de algo, no lo conocemos sino parcialmente, pero “esa indeterminación no comporta inseguridad, sino todo lo contrario. Lo que no comporta es certeza” (Polo, p. 193). No comporta inseguridad porque ante tal realidad se despierta nuestra capacidad cognoscitiva; y no comporta certeza porque no acabamos de conocerla y buscamos profundizar más en ella.

Cuando nos admiramos no pasamos rápidamente a realizar otras actividades, sino que nos detenemos para seguir pensando, pues “admirarse es dejar en suspenso el transcurso de la vida ordinaria” (Polo, p. 31). Esto indica que paramos la vida práctica porque descubrimos otra de más valor, la teórica: “cuando uno se admira su atención se concentra en ‘eso’ de lo cual se admira y que aún no se conoce. Sabe, entonces, que todo lo demás no vale. Es la distinción entre lo admirable y lo prosaico” (p.32). Como se ve, en la admiración caemos en cuenta de que estamos por encima del transcurso temporal, es decir, evita que nos temporalicemos. Esto significa que se ejercen otros actos racionales diversos de los propios de la razón práctica, porque éstos se refieren a realidades medidas por el transcurso temporal. Por eso, “el saber práctico no es admirable, ocupa nuestra atención, pero sabemos de qué se trata. El hombre desempeña un ‘rol’ en la sociedad según sus aptitudes. Pero en la admiración lo práctico se deja de lado” (p.33). No nos admiramos ni al advertir problemas prácticos ni al descubrir sus posibles soluciones.

Ante lo práctico el hombre es dueño y lo puede manejar. En cambio, ante lo teórico no cabe manipulación; se ve o no se ve. Por eso “el que se admira de esta manera nota una falta de conveniencia en lo práctico: lo admirable no se maneja” (p.33). Además, lo teórico está al margen del tiempo:

“esto constituye el centro de la admiración y lo que tiene de milagro. Lo prodigioso es que no haya sólo tiempo. Desde que el hombre nace, sus vivencias están trenzadas y vertidas en la temporalidad. El saber práctico es temporal, se refiere a lo contingente, a lo que puede ser de una manera o de otra” (p. 34). El saber teórico, en cambio, se refiere a lo intemporal y necesario, a lo que no cambia (p. 34), a la verdad permanente.

Polo dedica los primeros capítulos de su libro *Introducción a la filosofía* a la admiración, recordando que la filosofía comenzó en la Grecia clásica gracias a ella. Como lo que ahí describe es extenso, aquí conviene seleccionar unos pocos pasajes para resumir su concepción sobre la admiración. “Los filósofos clásicos consideraron que la admiración despierta la filosofía. La admiración tiene que ver con la ingenuidad: el filósofo se admira sin condiciones, sin resabios... La admiración no es la posesión de la verdad, sino su inicio. El que no admira, no se pone en marcha, no sale al encuentro de la verdad” (p.28), pero el que se admira nota que la verdad no cambia. Por eso, las filosofías centradas en exclusiva en las realidades cambiantes suelen adolecer de fundamentación. De ahí que las que emplean como método noético los diversos niveles de la razón práctica (ej. el pragmatismo (Polo, 1996, p. 55) y culturalismo (Polo, p. 97); también la filosofía analítica (Polo, p. 35)) suelen carecer de temas que estén al margen del tiempo. La falta de admiración en esas ‘filosofías’ –hoy usuales–, y asimismo en el amplio panorama de nuestra sociedad, denota que la filosofía anda en crisis (p.29). También por eso las que buscan verdades necesarias e inmutables se suelen separar de lo cambiante de la realidad física natural o cultural (p.32).

Lo que precede no supone una descalificación en bloque de la llamada ‘filosofía práctica’ (ej. ética, política, sociología...), porque las bases de ésta son ‘teóricas’. Lo que se defiende más bien es una de las verdades filosóficas más ancestrales: que tal filosofía es ‘segunda’, respecto de la ‘primera’, la teórica. Se puede describir de esta manera: “El desarrollo de saber vivir sería más bien la adquisición de un saber práctico: de un saber segundo logrado, a través de muchas experiencias y correcciones. El desarrollo de la inteligencia práctica, como filosofía, es la filosofía práctica. Pero la filosofía práctica no está en el origen de la filosofía, pues dicho origen está en el dejar de lado, en suspenso, la práctica” (p.32). Obviamente, por lo indicado, tampoco está al final, porque la práctica ni es fin en sí, ni trata de los temas culminares.

“La filosofía empieza por el descubrimiento de lo intemporal. La filosofía sólo puede empezar admirando... La averiguación de lo intemporal no es de poca monta... El hombre se puede parar, porque admirarse es pararse. ¿Cómo es posible que el hombre se pare si su existencia fluye temporalmente? Y, sin embargo, en algunos hombres ha acontecido la admiración: han caído en la cuenta de que su vida no sólo transcurre. Esta es la carta fundacional de la filosofía” (p.35). ¿Qué es lo intemporal? La verdad. No se puede decir lo mismo, sino justo lo opuesto, de la ‘verosimilitud’ y ‘probabilidad’. Por eso todos los pensadores clásicos distinguieron entre ‘razón teórica’ y ‘razón práctica’, notaron que son divergentes vías operativas de la razón que tienen objetos y actos de pensar diversos (Selles, 1999), y –a diferencia de los modernos– subordinaron la práctica a la teórica.

Lo intemporal es lo estable y “con lo estable comparece la verdad” (Polo, p. 37). La verdad se suele decir en sentido práctico como opuesta al error y a la mentira, pero en sentido teórico la verdad es lo intemporal: “la verdad es lo que, al mantenerse en presencia, no se sume en el tiempo, y, por tanto, no cae en el olvido, porque no ‘pasa’, no se va. Lo característico del tiempo es que pasa: es fluyente e inestable... Lo verdadero es lo siempre igual a sí mismo, no desgastado por el tiempo... El paso de la historia no le afecta” (p.38). Y si el hombre puede conocer lo que trasciende el tiempo, eso indica que en él existe al menos esa dimensión cognoscitiva que también lo trasciende (p.42). “Así pues, la admiración no se desarrolla en una sola dirección, sino en dos. Una dirección, según la cual la realidad es estable y verdadera; y otra, en la que el hombre sabe que su interior también es estable, y que esa estabilidad le permite corresponderse con la estabilidad de lo real, y por tanto, entenderla” (Polo, p. 43). Repárese, por el contrario, que muchos pensadores contemporáneos influyentes (Marx, Nietzsche, Freud, Heidegger...) albergan una visión temporalista del ser humano, lo cual lleva al repliegue y entropía de la filosofía, fruto, más que de la admiración, del estupor.

“Tradicionalmente, el estupor se considera como una desviación de la admiración” (Polo, 2018, p. 48). Consiste en considerar que uno no puede conocer la verdad, lo intemporal, lo valioso. “La admiración puede derivar, no ya a la sospecha de que uno es poco capaz, sino hacia la idea de que la verdad es inasequible... El estupor es una renuncia. La admiración se transforma en su opuesto, es decir, en pesimismo. Es como si fuera forzoso dejar de mirar porque no vale la pena insistir. Mientras que la admiración conecta con la esperanza, la estupefacción es un vicio, una renuncia injustificada. El

estupefacto desiste por comodidad: averiguar acerca de la verdad es muy arduo, o imposible. El estupefacto se dedica a algo más fácil, a algo ya sabido, a lo consabido: hay cosas seguras, averiguadas; por ejemplo, cómo se hace un puente, o una casa. Para eso hay fórmulas. El filósofo incurso en estupor se dedica a la retórica” (Polo, p. 40), y ésta es el arma preferida por la sofística, que es la filosofía de tiempos de crisis (Polo, 2014, p. 147-158). El diagnóstico poliano acerca del estupor se puede atribuir a nuestra sociedad, si es que esta se caracteriza por la vida fácil, por la falta de esfuerzo, en rigor, de virtudes humanas. “En suma, la filosofía es posible porque el hombre se admira, y se frustra si cae en el estupor, si desiste. Si considera que lo admirable es utópico, desvía la mirada y la inclina hacia abajo” (Polo, p. 43).

Hasta aquí los textos de Polo sobre la admiración. Ahora, si nos preguntamos qué hay detrás de ella, algo cabe añadir. De ordinario la gente no se pregunta por qué cada persona se admira o asombra de una realidad diversa, la cual no llama la atención a los demás. Se puede afirmar que detrás de esa actitud está la iniciativa divina, que inspira a cada quien cosas diversas (Ávila, 1997, p. 268). Sucede algo similar al enamoramiento. Cuando uno se enamora de una persona descubre en cierta medida su verdad personal, no sólo sus cualidades corpóreas o psíquicas, las cuales son patentes a muchos. Y como una persona humana no está directamente abierta a conocer la intimidad de otra, el caer en cierto modo en la cuenta de su verdad personal íntima es fruto de iluminación divina. Ahora bien, el enamoramiento es ‘personal’, íntimo, mientras que la admiración es ‘racional’, manifestativa. Por esto, uno de “los afectos positivos, que en cierto modo corona la admiración, es el enamoramiento... Por ser un afecto de alto nivel es despertado por una persona y, sobre todo, por Dios” (Polo, p. 125). Es obvio que una persona no se enamora de cualquier otra, a menos que le dé a esta palabra un significado inapropiado. También es curioso que no sucede que dos personas se enamoren de verdad de una tercera, y es que “admirarse y enamorarse se pueden entender como encuentros, pues la verdad, además de ser una adecuación de la mente con la realidad, se encuentra a través de la admiración. Por eso puede decirse que enamorarse es encontrarse con el ‘verdadear’ de lo amado. Asimismo, enamorarse tiene una connotación de exclusividad. Así se explica la monogamia” (p.125).

Es importante reparar en esto pues, siendo obvio, pasa inadvertido, pero, como se ve, es muy relevante, porque detrás de lo obvio está la inspiración divina. Lo que precede indica que, si cada quien se enamora con exclusividad de una persona distinta, *mutatis mutandis* hay que sostener que cada quién se admira ante una realidad no personal diversa, lo cual equivale a decir que cada quién tiene una tarea distinta en este mundo, y que ese trabajo es un encargo divino. Es patente que hay muchas profesiones comunes –filosofía, enfermería, ingeniería...–, pero no menos claro es que nunca hay dos modos y ámbitos de ocupación iguales dentro de esas profesiones, y cada quien debe descubrir su ‘veta en la mina’ y responder laboralmente a ella sin copiar modelos. Además, de modo similar a como el enamoramiento de una persona es un reto para seguir descubriendo más su verdad personal y, consecuentemente, enamorarse más de ella, así, el admirarse de una faceta de lo real es un reto para proseguir en su constante descubrimiento a lo largo de toda la vida. Añádase que tanto en el enamoramiento como en la admiración comparece la belleza. En efecto, nadie se enamora de lo feo. Con esto cabe decir que “la admiración une la verdad y la belleza. Cuando la verdad resplandece captamos la belleza. Admiramos, y la admiración nos anima a seguir profundizando en la verdad” (p.131). Ese seguir es el estudio.

III. Estudio

Perfilemos ahora de la *studiositas* como virtud, pues “el afán de saber es una virtud. Lamentablemente hay gente que se aburre o que desiste de conocer más por desconfiar de la capacidad de alcanzar la verdad. Con todo ‘la virtud está en el medio’. Tampoco se debe exagerar en esta materia; no conviene absolutizar el afán de saber de tal manera que con eso uno se excluya del mundo práctico, o se olvide de las necesidades del prójimo” (Polo, p. 227). Sin embargo, es peor la actitud contraria, la de obcecarse en lo práctico de tal manera que se inhíba la teoría, o se considere que lo práctico es superior a lo teórico.

Estudiar es pensar y “pensar es pararse a pensar. El que se detiene a pensar ya se ha diferenciado del plano de los intereses” (Polo, 2015, p. 62). Es claro que ante problemas prácticos el hombre también se para a pensar; pero cuando da con una posible solución vuelve a actuar para mejorar la situación, y así cambia los procesos de las realidades físicas. Como se ve, el pensar práctico está en función del interés, de lo útil. En cambio, cuando uno se detiene a pensar para descubrir verdades teóricas no lo hace por utilidad alguna, pues “la verdad no tiene sustituto útil” (Polo, p. 232). Es propio del

hombre solucionar problemas y cambiar el curso de los acontecimientos, pero más propio suyo es el pensar teórico (Polo, p. 343), asunto que advirtieron los pensadores clásicos griegos y medievales, quienes resolvían los problemas prácticos para que la contemplación no chocase con inconvenientes. En efecto, darle más relevancia al saber teórico que al práctico es propio de la filosofía (Polo, p. 228), mejor dicho, de la verdadera filosofía, porque no todas son verdaderas (Polo, 2015, p. 305). Si soluciona los problemas prácticos, el hombre es más libre respecto del espacio y del tiempo; pero si descubre verdades teóricas es aún más libre, porque “gracias a la libertad personal el hombre puede detenerse a pensar, con lo cual es capaz de separar su vida cognoscitiva de la vida práctica” (Castillo, p. 21), de las necesidades de la vida.

Pararse a pensar es centrar la atención. Pero esto es un asunto más serio del que parece, porque supone superar el ‘conocimiento objetivo’, es decir, el conocer que forma ‘objetos’ o ‘ideas’ pensadas al conocer, pues si se piensa siempre con ellos no se profundiza: “la concentración atencional no es propia del *conocimiento objetivo* porque detenerse a pensar *A* no comporta un aumento de conocimiento, puesto que *A ya* ha sido pensada” (Polo, 2015, p. 125). ‘*A*’ es una idea pensada, lo mismo que ‘gato’, ‘perro’, ‘silla’ ‘mesa’ son objetos pensados, abstractos, los cuales son siempre iguales, desde la primera vez que se han pensado hasta la última, es decir, pensar así es no profundizar en la realidad, sino dar algo por sabido. Pero uno puede conocer superando esa limitación cuando centra la atención y se da cuenta de que está pensando limitadamente. Ese darse cuenta es propio de los hábitos adquiridos, lo cual implica que sin éstos no hay concentración de la atención y, en consecuencia, no hay filosofía de fondo. Habrá ideas claras y distintas cartesianas o reducción fenomenológica husserliana de una idea para distinguirla de otra, pero no profundización ni en la realidad extramental ni en la personal. Al centrar la atención se ve que las realidades externas e internas —a diferencia de los objetos pensados, que son separados— están relacionadas, y no se pueden entender sin vinculación (Ratzinger, 1970, p. 153).

“La tarea de filosofar en el presente requiere lucidez, cariñosa y paciente atención” (Polo, 1990, p. 463). ¿Sobre qué realidades? “Se debe prestar atención a las cosas más obvias; de lo contrario nunca se llega a ser filósofo” (Polo, p. 463). Si se salta el conocimiento objetivo se conoce con los hábitos adquiridos y con los innatos (Conversaciones, p. 274). Por el contrario, “¿qué

es lo que anestesia la atención? Creer que ya se sabe; los conocimientos adquiridos sin esfuerzo” (Polo, 2018, p. 276), es decir, los ‘objetivos’, los de ‘ideas’ ya tenidas.

En resumidas cuentas, “el estudio también tiene un sentido ético –no hay nada que no lo tenga–. Cabe alegar que, así entendida, la ética es abrumadora. Todo lo contrario: la ética se ocupa de la felicidad y señala sus condiciones inexcusables. En este caso no se trata de que uno durante la carrera no haga otra cosa que estudiar, sino que el matricularse ahora y empezar a estudiar dentro de siete meses es notoriamente antiético, y a medio plazo no felicitación (Polo, p. 229). En cuanto a las exigencias conductuales del estudio, cabe poner estas dos: por una parte, constancia (Polo, 2018, p. 175); por otra, disciplinar los sentidos, sobre todo los internos (Polo, 2018, p. 232), y los apetitos. Si se logra, se centra la atención, que en el fondo es la nota distintiva del espíritu universitario, y “el que adquiere el espíritu universitario no lo pierde jamás, no piensa que enseñar es repetir las clases del año pasado o que estudiar es un almacenaje de datos; sino que es algo más vital, es crecer en saber”(Polo, 2000, p. 189).

Referencias:

- García, J.A., 'Prólogo' a Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, Pamplona, Eunsa, 2008.
- Juan de Avila, San, *Audi Filia*, Madrid, San Pablo, 1997.
- Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, Madrid, Palabra, 1998.
- Marcel, G., *Filosofía concreta*, Madrid, Revista de Occidente, 1959.
- Múgica, L.F., 'Introducción' a Polo, L., *Sobre la existencia cristiana*, Pamplona, Eunsa, 1996.
- Ortega y Gasset, J., *El hombre y la gente*, Madrid, Revista de Occidente, 1980.
- Polo, L., *Antropología de la acción directiva*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Antropología trascendental*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XV, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Artículos y conferencias (I)*, en *Obras Completas*, Serie B, vol., XXX, Pamplona, Eunsa, 2022.
- Polo, L., *Ayudar a crecer*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Conversaciones*, en *Obras Completas*, Serie B, vol. XXXIII, Pamplona, Eunsa, 2022.
- Polo, L., *Curso de psicología general*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXI, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento, I*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. IV, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento, II*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. V, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Cursos y seminarios (I)*, en *Obras Completas*, Serie B, vol. XXXI, Pamplona, Eunsa, 2022.
- Polo, L., *El acceso al ser*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. II, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XX, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *El hombre en la historia*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVII, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Escritos menores (1951-1990)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. IX, Pamplona, Eunsa, 2017.
- Polo, L., *Escritos Menores (1991-2000)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVI, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Escritos Menores (2001-2014)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVI, Pamplona, Eunsa, 2018.

- Polo, L., *Estudios de filosofía moderna y contemporánea*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIV, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Ética: hacia una versión moderna de temas clásicos*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XI, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Introducción a la filosofía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XII, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII, Pamplona, Eunsa, 2015,
- Polo, L., *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Lecciones de ética*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XI, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Lecciones de psicología clásica*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXII, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Polo, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVII, Pamplona, Eunsa, 2018.
- Polo, L., *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Pamplona, Eunsa, 2015.
- Ratzinger, J., *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1970.
- Sellés, J.F., *Los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino*, Pamplona, Eunsa, 2008.
- Sellés, J.F., *Razón teórica y razón práctica según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, n° 101, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999.
- Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, en *Corpus Thomisticum*, en <https://www.corpusthomisticum.org/>
- Vázquez, D., *La virtud de la studiositas y el conocimiento*, Cuadernos Doctorales de la Facultad Eclesiástica de Filosofía, vol. 21, Universidad de Navarra, Pamplona, 2011.